

Manifestación durante los sucesos de mayo de 1968 en París, explosión anárquica que puso en evidencia la existencia de fermentos de protesta y ruptura en el seno de las sociedades industriales.

El hombre del siglo XX

por ANTONIO PÉREZ GONZÁLEZ

Si vemos la Historia como algo más que una incesante y caótica acumulación de acontecimientos sucesivos es fundamentalmente porque la imaginamos dotada de sentido para el hombre que la crea y la vive, para el hombre concreto que en cada momento "hace" historia "haciéndose" a sí mismo y que por eso es siempre un hombre de *su* tiempo, arraigado en el medio histórico que configura su experiencia vital. Desde ese punto de vista es lógico que nos preocupe el destino del hombre en el mundo contemporáneo y que esa preocupación nos lleve a una interrogación que podríamos formular más o menos en estos términos: ¿en qué sentido la condición humana, patrimonio común a los hombres de todos los tiempos, alcanza un perfil característico a través de la experiencia histórica peculiar del hombre del siglo XX?

Sin embargo, no podríamos emprender honestamente la búsqueda de una respuesta coherente a esa interrogación sin antes pre-

Médico a punto de examinar a un niño por rayos X. Uno de los mayores logros de la civilización científico-técnica es el mejoramiento de las posibilidades de vida (descenso del índice de mortalidad y aumento de la esperanza de vida al nacer).



cisar el contenido exacto de la expresión "el hombre del siglo XX", aplicable objetivamente a realidades tan dispares como la del subproletario de un país subdesarrollado y la del ingeniero europeo o estadounidense. Y habrá que decir al respecto que, aun tomando en consideración los hechos diferenciales indiscutibles, es posible y lícito hablar genéricamente del hombre del siglo XX desde el momento que todos los hombres de esta centuria participamos –en mayor o menor grado, en unas u otras condiciones, bajo unas u otras formas particulares, con un más o menos intenso grado de conciencia– en un mismo proceso global de civilización: el determinado por la expansión del sistema industrial de producción, exportado prácticamente a todos los rincones del mundo a partir de su núcleo generador, europeo y capitalista, expansión que tiene como correlato la difusión, también a escala planetaria, del estilo de civilización típico de las sociedades orientadas a la industrialización como ideal y objetivo máximo. En este sentido es posible referirse al mundo como a un "pueblo planetario" (McLuhan) o a una "ciudad global" (Brzezinski), aunque al mismo tiempo haya que reconocer que, en sus condiciones actuales, "la universalidad del desarrollo técnico determina la desigualdad del desarrollo y el desarrollo de la desigualdad" (E. Morin).

Es ese doble proceso de mundialización, que se sustenta en unas formas muy concretas de intercambio, contactos e interdependencias (derivadas sustancialmente del reparto de gran parte del mundo entre las potencias europeas colonialistas, que culminó en el último tercio del pasado siglo), proceso que afecta no sólo a las *condiciones de vida* de los hombres, sino también a sus *razones para vivir,* y que tiende a homogeneizar las conciencias por encima de los particularismos geográficos, étnicos, culturales y socioeconómicos, el que permite hablar, generalizando, de un hombre del siglo XX. A condición, además, claro está, de que no entendamos por tal un modelo o tipo humano único, rígido y estandarizado y sí solamente la expresión

más representativa de la condición humana en cuanto ésta se halla vinculada a las vicisitudes históricas del siglo XX.

Hecha esta aclaración, indispensable, por más que en apariencia pueda parecer incidental, sí podemos ahora buscar la respuesta adecuada a la interrogación que antes nos hacíamos. Y el mejor camino para ello será el de señalar y describir el núcleo de fenómenos que más decisivamente dibujan la silueta de nuestro tiempo y que, por el hecho de crear un complejo y un estilo de civilización más o menos coherentes, actúan como modeladores de las mentalidades, actitudes y conductas humanas. Ese camino nos llevará lógicamente hasta la problemática viva del hombre del siglo XX, la que nace del encuentro de sus pulsiones y aspiraciones más profundas con los fenómenos y el estilo de civilización que condicionan su vida cotidiana.

LOS FENÓMENOS DE CIVILIZACIÓN DECISIVOS

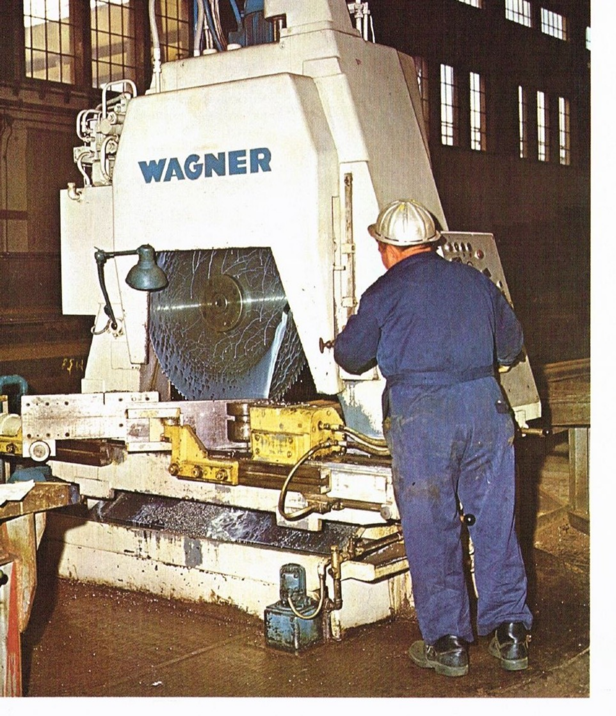
La descripción que nos proponemos hacer nos sitúa de lleno ante el carácter excepcional de nuestro siglo con relación a otros períodos históricos de igual duración cronológica: nunca se dio posiblemente, en tan corto espacio de tiempo material como el que llevamos consumido del siglo XX, una tal cantidad de fenómenos históricos tan fuertemente aptos para suscitar y promover cambios trascendentales para la vida real y concreta de los hombres.

En cabeza de estos fenómenos debemos colocar el formidable y acelerado progreso de las ciencias y las técnicas, por cuanto el mismo se ha ido afirmando cada vez más como el motor determinante de la realidad histórico-social contemporánea y, por consiguiente, como el núcleo sustentador y animador de los otros fenómenos decisivos que enumeraremos a continuación. Factores básicos y caracterizadores de este progreso científico-técnico han sido: *a)* la *especialización,* exigida por el sistemático ensanchamiento y la creciente complejidad del campo disponible para la investigación, la experimentación y la manipulación científico-técnicas, campo que hoy abarca ya prácticamente todo el mundo de la naturaleza terrena, y dentro de ella todas las dimensiones del hombre como ser vivo (baste recordar el desarrollo de las ciencias humanas y sociales), e incluso el espacio y las realidades extraterrestres; *b)* la *relación cada vez más directa e intensa* entre el pensamiento científico y la ciencia como quehacer productor de nuevos conocimientos, entre las adquisiciones de la ciencia y la explotación práctica de las mismas por mediación de las técnicas, y entre la técnica como actividad específica y las exigencias del sistema económico-social de producción. Y habrá que añadir que ambos factores han generado hechos significativos.

Señalemos, en primer lugar, que la espe-

Anuncio inglés que ensalza la planificación racional de la familia como medio de oponerse a la explosión demográfica actual de la Humanidad.





Obrero especializado en el manejo de una sierra automática para la obtención de perfiles. La implantación de nuevas máquinas y ciertos sistemas técnicos ha permitido la elevación de la productividad hasta cifras insospechadas.

cialización ha permitido profundizar en más campos y mejor en cada uno de ellos al reducir el área de acción del investigador y el volumen de información –ya así considerable– que necesita asimilar para llevar a cabo su tarea; pero esa misma exigencia de especialización, al intensificarse hasta el punto de dar lugar al "especialismo", es decir, a la exaltación de la especialización como un valor en sí misma, ha contribuido a que los especialistas de cada disciplina tendieran a encerrarse en su campo propio y a crear lenguajes particulares, especializados al máximo. Y las consecuencias de todo ello son evidentes: por un lado, se ha ido oscureciendo progresivamente la imagen-fuerza de la ciencia como totalidad dinámica al servicio del progreso global de la Humanidad (cobran significación a este respecto la neutralidad de los científicos con relación al potencial destructivo inherente a ciertos logros de la ciencia, como, por ejemplo, la energía termonuclear, y la de los técnicos con relación al impacto deshumanizador de ciertos instrumentos o complejos técnicos, ideados sólo para potenciar la eficacia material del sistema de producción); por otro lado, se ha acentuado progresivamente la incomunicación entre especialistas de disciplinas diferentes y también entre los científicos y los técnicos en cuanto tales y el resto de los hombres. Eso explica en gran parte que mientras la eficacia práctica de la ciencia y la técnica sigue en aumento y culmina ya en las sociedades industriales más desarrolladas con la llamada "revolución científico-técnica" y la abertura a una posible sociedad postindustrial, en cambio el espíritu científico y técnico alcance sólo escaso relieve como animador y fundamentador de la cultura de esas mismas sociedades y se muestre hasta ahora incapaz de elaborar y formular un nuevo humanismo, de base científica y técnica, para remplazar al humanismo tradicional, hoy en crisis.

En lo que se refiere al otro factor básico mencionado, es decir, la intensificación de las relaciones entre ciencia, técnica y sistema económico-social de producción, cabrá reconocer que ha potenciado en grado sumo el valor de la actividad científico-técnica en tanto que elemento de progreso social al acelerar la aplicación de los conocimientos científicos y las soluciones técnicas en el campo práctico. Pero, al mismo tiempo, el hecho de que disminuya progresivamente el intervalo entre el momento de la adquisición científica y el de la aplicación práctica y el otro hecho de que la presión del sistema económico-social de producción se haya convertido en cada vez más agobiante para el complejo científico-técnico han posibilitado que la técnica aparezca como cada vez menos subordinada a la ciencia y cada vez más inclinada a hacer de ésta un simple *medio* al servicio de unos fines técnicos que, a su vez, se limitan a traducir en otro lenguaje los apremios o las sujeciones del sistema de producción. Así, el progreso científico-técnico acentúa un rasgo característico –y para muchos inquietante– de la civilización industrial en su fase avanzada: la falta de una normativa que, a partir de una clara definición de los fines básicos de la actividad humana, permita ajustar y subordinar a ellos la multitud de medios surgidos hoy incesantemente de esa misma actividad humana y que, abandonados a su propia dinámica, tienden a convertirse en fines y a imponerse al hombre como condicionantes imperativos que coartan su libertad de decisión.

No hará falta decir que todas esas ambigüedades del progreso científico-técnico en nada afectan a su importancia como fenómeno de civilización decisivo y motor deter-

minante de los otros fenómenos de civilización también decisivos que citaremos a continuación, sin que el orden puramente convencional en que los colocamos implique un juicio de valor acerca del peso relativo de cada uno de ellos con relación a los otros:

1) El mejoramiento sustancial, no ya de las condiciones de vida, sino de las *posibilidades de vida* de la Humanidad como especie, fenómeno que se apoya fundamentalmente en el progreso de la medicina y la higiene y en el incremento del potencial alimentario disponible y se afirma en la línea constante de un descenso de los índices de mortalidad y de un aumento de la esperanza media de vida al nacer, beneficios que se extienden progresivamente a una porción cada vez mayor del género humano. Esta evolución, que, por un lado, hace que vaya en aumento el número de hombres capaces de vivir "una vida biológica completa", como ha dicho un economista, es decir, una existencia que cubre todo el ciclo desde la infancia hasta la vejez, privilegio antes de una minoría, por otro lado se concreta en la llamada *explosión demográfica* (en las condiciones de hoy la población mundial tiende a multiplicarse por dos cada treinta o cuarenta años), que plantea la problemática social y moral del control de la natalidad como medio para ajustar el ritmo de crecimiento de la especie a los recursos materiales de que realmente se dispone para asegurar su supervivencia, y que da también lugar a otros fenómenos concomitantes de indiscutible relieve, como pueden ser, por ejemplo: *a)* la significación particularmente grave que toma un constante crecimiento demográfico en los países económicamente subdesarrollados, del Tercer Mundo; *b)* los efectos, a medio o largo plazo, del envejecimiento de las sociedades altamente desarrolladas en que la elevación constante de

Unidades de almacenamiento en disco de un ordenador electrónico. Estos ingenios se han convertido en el símbolo de la intensificación del proceso de mecanización y automatización del trabajo humano.



la duración media de la vida humana coincide con el estancamiento e incluso el descenso de la natalidad, en el sentido de que una población activa cada vez más reducida en términos relativos deberá asumir el sostenimiento de una población improductiva que, por el contrario, no deja de aumentar, y *c)* las consecuencias de la "juvenilización" de muchas sociedades, o sea, el hecho de que en ellas el incremento numérico de la población joven sea tal que confiera a la juventud como grupo un particular peso en la vida social; en ese caso, todo tiende a hacer de la juventud –caracterizada, por ejemplo, como estrato consumidor con necesidades específicas, o en cuanto masa potencialmente politizable– algo así como una "clase" social aparte, definida por la edad y dotada de una mentalidad y un estilo de vivir específicos que llegan a impregnar, por contagio, el mundo de los adultos.

2) La profunda transformación del sistema económico de producción y distribución de bienes y servicios, que implica un cambio real de las condiciones de vida de los hombres en cuanto seres laboriosos. Esta transformación, ligada directamente al progreso científico-técnico, se caracteriza fundamentalmente por la elevación de la productividad del trabajo humano hasta cotas antes inimaginables, y ello gracias a la implantación de máquinas y sistemas técnicos y de métodos de racionalización y organización científica del trabajo cada vez más afinados y eficaces. Consecuencias destacables de este fenómeno han sido:

Desperdicios abandonados a la intemperie que deterioran el paisaje y contribuyen a la contaminación del medio ambiente. La comercialización masiva de productos lleva a la creación de bienes de escasa duración o a la sustitución de unos por otros que estén "más de moda".





Interior de un supermercado. En nuestra época se ha acentuado el proceso de concentración de la actividad económica en grandes unidades de distribución.

a) La intensificación del proceso de mecanización y automatización del trabajo humano, que culmina con la automación y la cibernética y el establecimiento de lazos cada vez más estrechos entre las máquinas de autorregulación y los ordenadores electrónicos, que ha hecho de éstos el símbolo de la civilización industrial cuando ésta aparece ya como el punto de transición a otro tipo de civilización, a la que se suele dar los nombres significativos de civilización tecnológica o civilización postindustrial y cuya imagen, aun hipotética y utópica, podría ser la de la fábrica sin obreros y la oficina sin empleados, en las que el trabajo de máquinas e instrumentos técnicos estaría dirigido, regulado y controlado por un sistema de ordenadores interdependientes.

b) La multiplicación de la producción masiva y la distribución no menos masiva de bienes y servicios, que posibilitan y exigen a la vez el incremento cuantitativo y cualitativo de la capacidad de consumo de los hombres (dominado por su dinámica propia, el aparato de producción necesita que el de comercialización estimule sistemáticamente las necesidades y los deseos de la población consumidora, a la vez que tiende a la producción de bienes de rápida obsolescencia, es decir, destinados a durar psicológicamente menos de lo que duran materialmente, y a menudo incluso objetos "pensados" para que también materialmente duren poco y, desde luego, mucho menos de lo que podrían durar si se aplicara a ese objetivo el potencial técnico disponible).

c) La acentuación del proceso de concentración de la actividad económica en grandes unidades de producción y de distribución (piénsese, por ejemplo, en el auge de los supermercados y la crisis del pequeño comercio), que en ocasiones llegan a constituir



Planta de embotellamiento en una factoría láctea. El remplazo de la mano de obra por ingenios técnicos evita en gran medida el esfuerzo físico del hombre, pero al mismo tiempo coartan su capacidad de iniciativa y de decisión.

enormes corporaciones multinacionales con presupuestos superiores a los de las pequeñas naciones pobres y que, por otra parte, a causa de la amplitud y la complejidad de sus actividades, se estructuran como grandes organizaciones regidas por sistemas tecnocráticos y burocráticos de gestión, administración y control, fuertemente jerarquizados e inclinados a subordinar todos los elementos humanos, en particular la espontaneidad creadora, a las exigencias de la racionalidad eficaz y planificada.

d) La depreciación evidente del valor del trabajo humano, tanto en el aspecto objetivo de su papel en el proceso global de producción como en lo que se refiere a su significación subjetiva para quienes lo ejecutan, y esto porque el citado proceso de intensificación de la mecanización y la automatización, al mismo tiempo que libera al hombre de las tareas más penosas que antes debía asumir y ahora realiza o hace inútiles la máquina, ejerce también una doble acción: por un lado, permite reducir más y más las necesidades de mano de obra humana, remplazada por ingenios técnicos, y por otro lado, arrebata a ese trabajo del hombre la cualidad de actividad personal y personalizadora al convertirlo cada vez más en la repetición de unos gestos mecánicos y parcelarios, o en la vigilancia de unas señales automáticas imperativas, y de cualquier manera en algo cuyo sentido y finalidad ignora a menudo el mismo que lo ejecuta y que anula su capacidad personal de iniciativa y decisión; como corolario y complemento de todo ello, puede hablarse de una progresiva desvalorización de la conciencia de profesionalidad tradicionalmente ligada a la práctica de uno u otro oficio y, en definitiva, de un cambio de mentalidad en función del cual los hombres se sienten cada día más alejados de la idea de que el trabajo significa algo esencial en sus vidas y tienden a apreciarlo sólo en la

medida en que asegura o mejora su capacidad de consumidores, lo cual coincide con las necesidades mismas del sistema de producción masiva de bienes y servicios, como antes pudimos ver.

e) Finalmente, la acentuación de una línea evolutiva ya anterior, tendente a movilizar todos los recursos humanos disponibles en beneficio de la expansión constante del sistema de producción y a utilizarlos según las cambiantes necesidades del mismo. Cabe destacar en este aspecto, entre otros fenómenos subsidiarios importantes, los tres siguientes: el espectacular desarrollo del proceso de concentración de la población en los núcleos fundamentales de riqueza y productividad económicas, con el crecimiento de las grandes aglomeraciones urbanas de nuestro tiempo, que por su gigantismo llegan ya a plantear graves problemas en relación con una mínima calidad de la vida que en ellas puede hallar el hombre y que, absorbiendo en unos escasos núcleos la vitalidad de un país, convierten el resto de éste en un desierto condenado a la depresión económica y a la decadencia; correlativamente, la acentuación de la despoblación rural; en tercer y último lugar, la acentuación también del proceso de incorporación de la mujer al trabajo productivo extradoméstico, con directas repercusiones tanto en la relación entre los sexos como en las estructuras y conductas familiares.

3) Otro de los fenómenos decisivos en la configuración del siglo XX es el de los cambios que se han producido en la sociedad como fruto directo de las transformaciones ocurridas en el sistema económico-social de producción, que más arriba describimos. Estos cambios se reflejan fundamentalmente:

a) En la evolución característica de la estructura de la población activa, que muestra la disminución constante del porcentaje de

La incorporación de la mujer al trabajo, que se inició masivamente durante la primera Guerra Mundial, ha provocado repercusiones en las estructuras y conductas familiares.

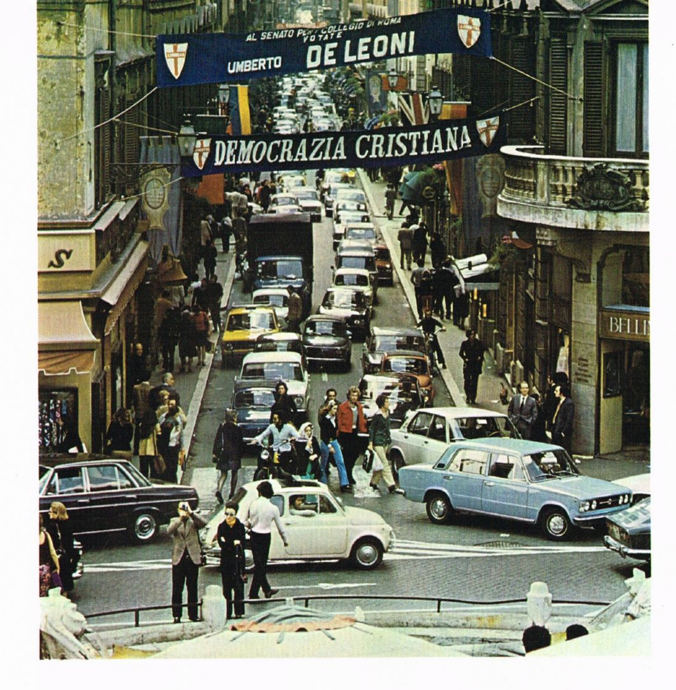


la misma ocupada en la agricultura, mientras el ritmo más elevado de incremento de la mano de obra corresponde en una primera fase a la industria y en una segunda fase, cuando ya el nivel de desarrollo alcanza cotas más elevadas, al sector de servicios o terciario (en una tercera fase, la que marca la transición a la llamada civilización postindustrial, ese papel dominante recaerá en el sector "cuaternario", definido como el conjunto de las actividades relacionadas con la enseñanza, la investigación científica y técnica y la producción y difusión a escala masiva de bienes culturales de consumo). Obvio es decir que esa evolución implica una serie de crisis, contradicciones y planteamientos conflictivos que reflejan, a través de experiencias humanas muy diversas, las difíciles relaciones entre una mentalidad tradicional –basada en realidades y situaciones sociales que han ido cambiando aceleradamente o están en vías de desaparición– y un nuevo panorama sociocultural, puesto bajo el signo de la innovación permanente y poblado de actitudes, modelos de comportamiento y trazos mentales nuevos, solidarios de nuevas realidades y situaciones. Y esto nos lleva de la mano hasta el otro aspecto en que más vívidamente se constatan los cambios sociales derivados de las transformaciones del sistema económico:

b) Las modificaciones que se han operado en la estratificación social, entre las que cabe destacar: 1) la decadencia de las viejas clases medias (artesanos, pequeños comerciantes e industriales, profesionales libres), absorbidas paulatinamente por el vasto y heteróclito mundo de los asalariados, y la aparición de unas nuevas clases medias (técnicos y especialistas de segundo plano, mandos intermedios de la industria, empleados), ligadas al desarrollo económico-social y, por tan-



Aspecto parcial de Tokio, uno de los centros de población más numerosos del mundo; en determinados sectores de esta ciudad se interrumpe el tránsito rodado los días festivos para mejor circulación y descanso de los peatones.



La acumulación de habitantes en las ciudades y la abundancia de automóviles originan embotellamientos en la circulación que dificultan la normalización del tránsito.

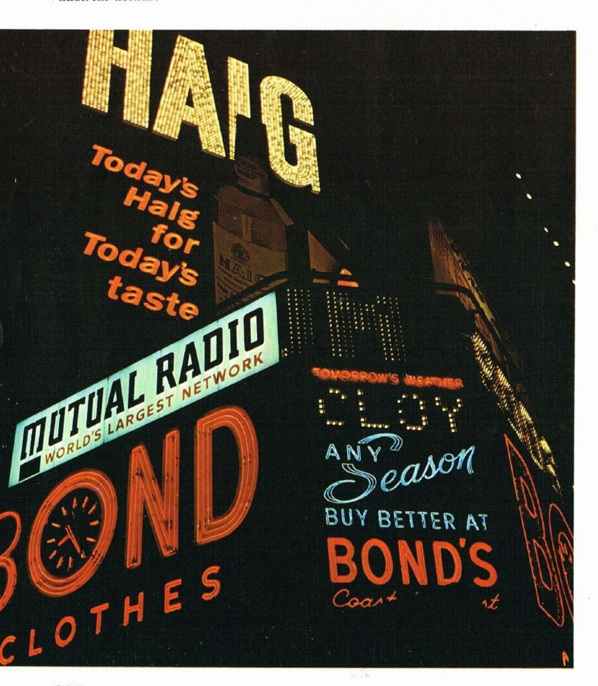
to, de rápido crecimiento numérico; 2) el surgimiento de una tecnoburocracia dirigente de alto rango (técnicos de elevada calificación, directivos de grandes empresas, responsables de la gestión de los medios de información y comunicación de masas, altos funcionarios de la Administración pública, etcétera) que, por el poder de decisión de que goza en la sociedad, constituye una fuerza social dominante, a mitad de camino entre la cualidad de estrato y la de clase social propiamente dicha; 3) la diversificación o "balcanización" de la clase obrera tradicional en una multiplicidad de estratos superpuestos, que se explica por la extremada división y especialización de las tareas que exigen las nuevas formas de organización del trabajo, por el desarrollo desigual de las diversas ramas de la industria y de los distintos tipos de empresa y por el incremento –relativo, pero real– de la movilidad social, es decir, de las posibilidades de promoción laboral personal. Todo ello, reforzado por la depreciación objetiva y subjetiva del valor del trabajo humano y la fijación del máximo interés vital individual en la esfera del consumo, tendencias a las que antes hicimos referencia, y también por los efectos homogeneizadores de la cultura de masas hoy dominante, dibujan una nueva imagen del mundo obrero y justifican que se haya podido hablar de una "nueva clase obrera", relativamente integrada en la dinámica de las sociedades industriales y menos sensible que antaño a una ideología y una conciencia de clase revolucionarias; por otro lado, ese cambio tiene su complemento cuantitativo en el hecho de que mientras la población asalariada no deja de crecer en términos absolutos, el porcentaje que dentro de ella corresponde a la clase obrera industrial disminuye en verdad progresivamente.

Y ahora, recordando la alusión que más arriba hicimos a la cultura de masas, pasemos a la descripción de este otro fenómeno de civilización, también decisivo en el proceso histórico del siglo XX:

4) La transformación del panorama cultural contemporáneo gracias al nacimiento y desarrollo de una cultura de masas, posibilitada principalmente por el progreso general de la tecnología, la aparición y formida-



Interior de un comercio de discos. Uno de los principales medios de extensión de la cultura de masas es la de su difusión por medio de discos y cassettes (música, obras teatrales, cursos de idiomas).



Anuncios callejeros. La publicidad desempeña un importante papel en la creación de un tipo medio de hombre que encaje en la civilización industrial actual.

ble auge posterior de los modernos medios masivos de comunicación y la doble elevación del nivel de vida (crecimiento de las posibilidades de gasto en bienes que no son de "primera necesidad") y del nivel general de instrucción. En este sentido, la cultura de masas es un sector dominante en el sistema cultural propio de las sociedades industriales e incluye los múltiples y variados bienes de consumo culturales producidos por una industria cultural que, en su estructura y funcionamiento, no se distingue sustancialmente de cualquiera otra industria: fuertes inversiones de capital, concentración de la actividad en vastas unidades, sistemas tecnoburocráticos de gestión y administración, producción masiva en grandes series, subordinación a las leyes de la oferta y la demanda, necesidad de un fuerte apoyo publicitario para la comercialización, etc. En oposición a la noción tradicional de cultura, concebida como fenómeno minoritario y lujo aristocrático, orientada a la contemplación y a la perpetuación de modelos tradicionales, centrada en el cultivo de un núcleo limitado de temas básicos orgánicamente religados entre sí, basada en la escritura como medio de expresión y difusión y tendente a seleccionar una élite refinada dentro de la clase social dominante, la cultura de masas se afirma, por el contrario, como una cultura

– pensada y elaborada para ser transmitida a grandes masas humanas en forma de bienes de consumo culturales;
– orientada a la acción, a la percepción y transmisión de lo inmediato, del instante

presente, tomado en movimiento, y al culto a la novedad;

– heterogénea por sus contenidos y sus formas, de duración efímera, y caracterizada por el tratamiento más superficial que profundo de una multitud de temas sin nexo orgánico entre ellos;
– difundida a través de medios de comunicación de amplio alcance que, aun incluyendo la escritura y potenciándola (recuérdese, por ejemplo, las grandes tiradas de los "libros de bolsillo"), se apoya fundamentalmente en la aplicación de los grandes logros tecnológicos del siglo XX (radio, cine, televisión, pero también información vía satélite, estereofonía, discos y cassettes, procesos de reproducción electrostática, etc.), y
– tendente a modelar un tipo de hombre medio que, por su mentalidad, actitudes y formas de comportamiento, encaje al máximo en la dinámica económica, social y cultural de la civilización industrial en cada una de sus fases sucesivas, y en este último aspecto hay que destacar el importante papel que desempeña la publicidad, a través de los grandes medios de comunicación de masas, en su doble función económica (estimular las necesidades visibles o latentes del consumidor en potencia y suscitar en él nuevas necesidades) y sociocultural (elaboración y difusión de un sistema convencional de valores y de reacciones, actitudes y conductas, ajustado a las necesidades de la sociedad consumista).

Así configurada, como expresión de una industria cultural que es a la vez reflejo y motor de la industrialización de la cultura, la cultura de masas aparece como la forma de cultura típica del individuo en las sociedades industriales del siglo XX, y en tanto mayor medida cuanto más alto sea el nivel de desarrollo de las mismas. A ella corresponde la función de llenar una buena parte del tiempo libre de la gente –más extenso que en el pasado–, aportando un movimiento de amenidad y de novedad que actúa como factor compensatorio de la monotonía y la gris uniformidad características de las sociedades tecnoburocráticas. Y esta última perspectiva nos acerca a otro fenómeno de civilización decisivo:

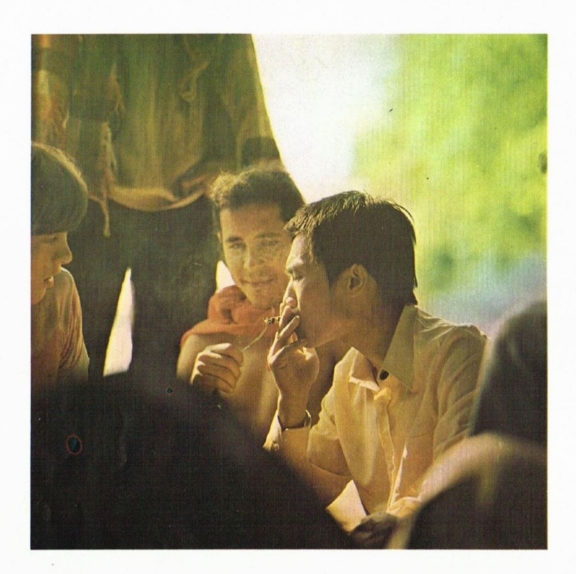
5) El extraordinario incremento de las posibilidades de movilidad geográfica, gracias a la rapidez y abundancia de los medios modernos de desplazamiento, fenómeno que adquiere particular relieve en dos aspectos muy distintos: *a)* la intensificación de los grandes movimientos migratorios laborales, interregionales dentro de cada nación e internacionales, exigidos por el proceso de concentración económica y urbana de que ya hablamos antes; *b)* el formidable desarrollo del turismo de masas, ligado a la extensión de las vacaciones anuales remuneradas y a las facilidades de desplazamiento que ofrecen el automóvil como bien privado y los otros medios colectivos de transporte. Consecuencias evidentes de ese fenómeno son la multiplicación de los contactos humanos y el reforzamiento de la tendencia del hombre medio a buscar lo esencial y profundo de su vida en el campo del ocio, fuera del tiempo y el espacio que le definen como productor.

6) Finalmente, para cerrar este inventario de fenómenos de civilización que marcan decisivamente la línea de evolución del siglo XX, habremos de referirnos a las grandes mutaciones acaecidas en el campo de la política, que guardan evidente relación con los cambios ya señalados en el sistema económico, la estructura social y la vida cultural y se concretan básicamente en dos aspectos:

a) la creciente complejidad de la gestión política, derivada de una más intensa inter-



El turismo de masas, relacionado directamente con las vacaciones remuneradas y las facilidades de desplazamiento, constituye otro de los fenómenos decisivos de nuestra civilización.



vención del estado en todos los sectores de la vida colectiva (citemos, a título de ejemplo, hechos tan significativos como son la planificación de la economía nacional, la organización de la Seguridad Social y el incremento de la actividad estatal en nuevos sectores sociales, como el turismo o los medios masivos de comunicación), y

b) la decadencia de las ideologías en cuanto fundamento de las opciones y las realizaciones políticas, es decir, la crisis de los proyectos políticos globales basados en la aplicación rígida de uno u otro sistema de ideas (es útil a este respecto pensar en el destino de la idea de libre empresa privada, tan cara al liberalismo político, en las sociedades de tipo democrático occidental, en las que son los mismos empresarios privados quienes necesitan que el estado planifique la actividad económica, o en la suerte de la otra idea de la gestión de la economía y de la política por las masas, definidora del marxismo, dentro de las sociedades de tipo socialista, regidas en realidad por un aparato tecnoburocrático minoritario).

Fácil es ver el íntimo vínculo existente entre estos dos aspectos, en el sentido de que cada uno de ellos influye en el otro (a más complejidad en el quehacer político, más inviable resulta el establecimiento de un sistema ideológico global y simplista; cuanto menos peso ejerce lo ideológico en la realidad política, menos posibilidades existen de que ésta pueda elevarse por encima del complejo de problemas a corto plazo en que se mueve). Como lógica consecuencia de todo ello se producen una serie de fenómenos de indiscutible importancia:

- la tendencia a reducir la política a una simple técnica de gestión, a una especialidad en la que el papel principal corresponde a un tipo particular de expertos de la administración, con lo que se crean las bases objetivas para el desarrollo de un aparato tecnoburocrático que actúa como fuerza política dominante;
- la aparición de ese mismo proceso de tecnoburocratización en los partidos políticos de masas, los cuales, por su carácter de grandes organizaciones y su inclinación a copiar las estructuras de poder estatal que constituyen su horizonte, favorecen en su propio seno el establecimiento de sistemas de gestión y control análogos y, consiguientemente, la separación entre la cumbre y la base, entre el núcleo dirigente y la masa de los afiliados;
- el descenso del nivel de interés y de conciencia política en el ciudadano medio (sociólogos y politicólogos plantean a menudo, en ese sentido, el tema de la "despolitización" de las masas), fenómeno que coincide con la tendencia de los propios aparatos tecnoburocráticos a "despolitizar" sistemáticamente los problemas políticos y a presentarlos como simples problemas técnicos que sólo exigen soluciones técnicas;
- consecuentemente con todo lo anterior, se aprecia una desconexión cada vez más evidente entre la sociedad concreta y la estructura política organizativa que teóricamente la encarna, es decir, entre los ciudadanos anónimos, cuya acción política se reduce prácticamente a la participación periódica en uno u otro tipo de ritual electoral, y las minorías de especialistas, que ejercen la política como una tarea técnica.

Éstos son los fenómenos de civilización decisivos que, como dijimos al principio, marcan la evolución tendencial del mundo contemporáneo y, en tanto cuanto modeladores de la mentalidad, las actitudes y las formas de comportamiento, contribuyen a dibujar la problemática viva del hombre del siglo XX. Una problemática compleja, como compleja es la fase histórica en que se plantea, y rica en paradojas, ambigüedades y contradicciones que, asimiladas y reinterpretadas por la conciencia de ese hombre del siglo XX, permiten una comprensión más profunda del proceso histórico.

LA PROBLEMÁTICA VIVA DEL HOMBRE DEL SIGLO XX

¿Cuáles son los rasgos más sobresalientes de esa problemática?

Quizás el primero de ellos corresponda a *las dificultades que experimenta el hombre del siglo XX para adaptarse a su propio mundo.* La aceleración del cambio histórico, el ritmo vertiginoso con que se suceden nuevos acontecimientos y realidades nuevas llamados a envejecer con rapidez, la transformación constante de las condiciones materiales de vida y del ambiente espiritual, la multiplicación incesante del número de informaciones, mensajes y estímulos con que el hombre es acosado de continuo, si bien por un lado enriquecen objetivamente su experiencia de ser que en cada momento necesita *ser* más, por otro lado sacuden violentamente y ponen a prueba, junto con su psiquismo, su capacidad de comprender a ese mundo articulado en el cambio y la innovación y de adaptarse a él: la inquietud, la sensación de inestabilidad y la conciencia de la precariedad de lo real son el precio que el hombre del siglo XX debe pagar por aquel enriquecimiento de su experiencia humana. Y a la luz de esa realidad cabe interpretar parcialmente los abundantes ejemplos de inadaptación psicológica y social, de ruptura y de marginación que nos ofrece nuestro tiempo, sin excluir el crecimiento significativo de ciertos fenómenos como los trastornos mentales, los índices de suicidio en sociedades de alto nivel de desarrollo, la delincuencia juvenil, el alcoholismo, el consumo de estupefacientes, etc., que en buena parte responden a otros tantos intentos de fuga ante la imposibilidad de adaptar unos recursos humanos, biológicos o psíquicos, al ritmo acelerado del proceso histórico.

En segundo lugar, la experiencia viva del hombre del siglo XX está marcada por *la conciencia del valor ambiguo del progreso científico-técnico;* precisamente cuando éste alcanza esplendor excepcional, el hombre descubre sus limitaciones con relación al progreso propiamente humano y conoce en su propia carne lo que R. Aron llama "las desilusiones del progreso creadas por la dialéctica de la sociedad moderna". Ocurre, por una parte, que el hombre de hoy sabe que, paralelamente al formidable desarrollo de las ciencias y las técnicas y a sus repercusiones positivas en las diversas esferas de la realidad, la violencia ha seguido imperando entre los hombres y entre los pueblos, y le es fácil evocar un triste cortejo de guerras mundiales, "parciales" y civiles, de experiencias totalitarias ligadas a la magnificación del asesinato en campos de exterminio y a las persecuciones raciales por

En la página anterior y en ésta reproducimos a jóvenes fumando drogas. Las dificultades que experimenta el hombre para adaptarse a su propio mundo despiertan en él unos deseos de evasión que sólo puede satisfacer con la creación de presuntos paraísos artificiales.



motivos "científicos", o bien a la depuración y eliminación de los colegas disidentes del propio partido, de largos años de "guerra fría", sin olvidar el todavía vigente "equilibrio del terror" entre los dos grandes bloques dominantes en el mundo, precaria alternativa a la amenaza de una hecatombe nuclear. Y ese mismo hombre puede contemplar aún hoy la perpetuación –peor, la acentuación– del trágico e injusto binomio opulencia/pobreza que define la separación entre pueblos ricos y países subdesarrollados y ve cómo los temas del "hambre en el mundo" y del "derroche ostentoso" alternan indiferentemente en los titulares de prensa para ilustrar la división de un mundo que el progreso científico-técnico permitiría hoy ya unificar bajo el signo de una política mundial y una economía planetaria. Y ocurre, por otro lado, que el hombre del siglo XX comienza ya a poner en tela de juicio el ideal del crecimiento económico a ultranza al comprobar cómo afecta a la degradación y destrucción del medio natural, preocupación que se concreta a escala internacional con el llamado "movimiento ecológico" o en los planteamientos de un "punto cero" del desarrollo económico.

En un campo afín al que acabamos de describir, la problemática del hombre del siglo XX se nos presenta bajo la forma de una *crisis de la ideología que relaciona mecánicamente el bienestar como fundamento y la felicidad como resultado;* en este sentido, el hombre contemporáneo de las sociedades más desarrolladas –las que sirven de paradigma y horizonte deseable a las otras– experimenta cada vez más agudamente la sensación de que el bienestar (definido como la capacidad de poseer y disfrutar una cantidad elevada de bienes de consumo cualitativamente valiosos) no procura automáticamente la felicidad, ni siquiera unas razones de vivir, que el individuo debe buscar por otros caminos. Ciertos fenómenos contemporáneos de innegable resonancia –como, por ejemplo, la agitación universita-

Monumento a los mártires húngaros en el campo de concentración nazi de Mauthausen. La eliminación de colegas "desviacionistas" o la magnificación del asesinato en campos de exterminio constituyen una prueba de que la violencia sigue imperante entre los hombres de la sociedad científico-técnica del siglo XX.





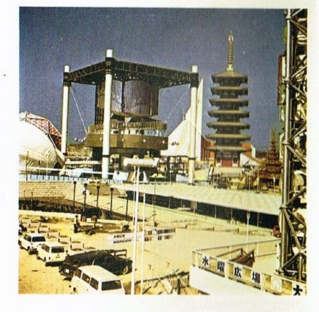
Festival "hippie" dedicado a la música. La concentración de jóvenes para demostraciones de este tipo son manifestación de lo que se ha venido en llamar "contracultura o cultura marginal".

ria en numerosos países, la explosión anárquica y espontánea del mes de mayo de 1968 francés o, en otro nivel, el movimiento *hippie* o el fenómeno de la contracultura o cultura marginal en sus diversas formas– ponen de manifiesto cómo, bajo la tranquilizadora capa de conformismo que caracteriza a las sociedades industriales y tecnoburocráticas, y con independencia de la debatida crisis de las ideologías tradicionales, se desarrollan gérmenes y fermentos de protesta y ruptura, que reflejan el malestar profundo de la civilización industrial y la insuficiencia de un modelo de sociedad que, si tiende a elevar el nivel de vida, prescinde del nivel de satisfacción vital de los individuos y de sus aspiraciones más profundas, que no se identifican forzosamente con las necesidades estandarizadas socialmente y modeladas.

Finalmente, la problemática del hombre del siglo XX aparece también ligada a la *curiosidad, preocupación e inquietud por el futuro,* orientación que responde a la lógica del tiempo actual en que ese hombre vive, que es un presente de desarrollo acelerado y que por eso le inclina a proyectarse hacia un futuro que se hace presente cada vez con mayor rapidez. De ahí que el hombre del siglo XX, consciente de las inmensas posibilidades positivas y también de los grandes riesgos (fundamentalmente, el peligro evidente de las manipulaciones con el patrimonio genético o con el cerebro humano, para "condicionar" sus reacciones o, en otro terreno, el de un control casi total de la vida privada por medios técnicos) que entraña la evolución histórica, tienda a buscar en el futuro una respuesta a sus temores y sus esperanzas y a anticipar la imagen de ese futuro a partir de las líneas de desarrollo del presente. Signos de esta misma inclinación del hombre medio, pero trasladadas a un nivel de relativa cientificidad, son los numerosos estudios y trabajos que jalonan el rápido desarrollo de una nueva disciplina, la llamada prospectiva o futurología.

BIBLIOGRAFIA

Aron, R.	*Dix-huit leçons sur la société industrielle,* París, 1962. *Les désillusions du progrès. Essai sur la dialectique de la modernité,* París, 1969.
Balogh, Th.	*Socios desiguales,* Madrid, 1969.
Bell, D.	*El fin de la ideología,* Madrid, 1965.
Bernal, J. D.	*Historia social de la ciencia* (vol. II), Barcelona, 1968 (2.ª ed.)
Berque, J.	*La descolonización del mundo,* México, 1968.
Dahrendorf, R.	*Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial,* Madrid, 1970 (2.ª ed.).
Fourastié, J.	*La gran transformación del siglo XX,* Barcelona, 1966.
Fromm, E.	*Psicoanálisis de la sociedad contemporánea,* México, 1972 (9.ª ed.).
Galbraith, J. K.	*El nuevo Estado industrial,* Barcelona, 1969 (2.ª ed.).
Kahn, H., y Wiener, A.	*El año 2000,* Madrid, 1970.
Katona, G.	*La sociedad de consumo de masas,* Madrid, 1968.
Lefèbvre, H.	*Introduction à la modernité,* París, 1962.
Mallet, S.	*La nueva condición obrera,* Madrid, 1969.
Marcuse, H.	*El hombre unidimensional,* México, 1968.
McLuhan, M.	*La galaxia Gutenberg,* Madrid, 1970.
Meynaud, J.	*Destin des idéologies,* Lausana, 1961.
Morin, E.	*El espíritu del tiempo. Ensayo sobre la cultura de masas,* Madrid, 1965.
Richta, R., y otros	*La civilización en la encrucijada,* Madrid, 1972.
Riesman, D., y otros	*La muchedumbre solitaria,* Buenos Aires, 1968.
Snyder, L. L.	*El mundo del siglo XX,* Barcelona, 1970.
Sorokin, P.	*Tendencias básicas de nuestro tiempo,* Buenos Aires, 1969.
Touraine, A.	*La sociedad postindustrial,* Barcelona, 1969.
Varios autores	*La lógica del industrialismo,* Buenos Aires, 1968. *Science and Contemporary Society,* Londres, 1967.



Vista parcial de la Exposición Universal de 1970 en Osaka (Japón), una de las más espectaculares proyecciones hacia el futuro del hombre del siglo XX.